

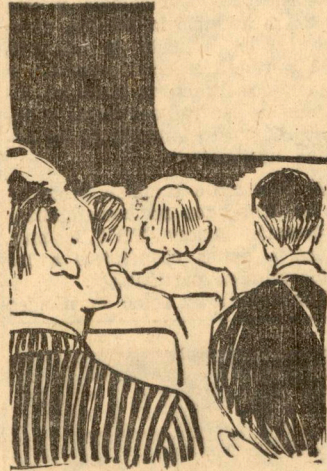
# Un Arte que Vuelve a Florecer

por Sebastián Salazar Bondy

Los esfuerzos que realizan entre nosotros los grupos teatrales, a los cuales el calificativo de experimentales viene más que bien, han dado en aproximadamente una década frutos patentes. La cartelera de estos días es un buen testimonio de ello. Este progreso, que en el fondo es una reconquista, ya que Lima fue antaño un centro activo del arte dramático continental, es mérito de todos, incluido el Estado, el cual, con altibajos notorios, ha solido prestar ayuda a quienes, por vocación insoslayable, se empeñaron en recuperar este aspecto de la vida social y artística perdida. Social y artística, se ha dicho bien, pues el teatro no cumple fines meramente estéticos, sino que sirve, muy principalmente, a consolidar la cohesión comunitaria, actuando a manera de espejo de la conciencia colectiva. Sin embargo, es aquí en donde la contribución oficial ha sido siempre tímida, como si el dinero que se destina a la escena fuera a pagar un lujo o un capricho. Veamos cómo se han equivocado quienes así pensaron.

La crisis del teatro europeo tuvo los mismos caracteres que la del nuestro: los costos de la realización del espectáculo amenazaron con ser mayores que los ingresos, y los precios que los presupuestos exigían comenzaron a alejar, aun a pesar suyo, al público aficionado. El fenómeno era de carácter económico. ¿Por qué en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en

Inglaterra, el Estado comprendió que era urgente asistir a las necesidades del teatro? No sería, por cierto, porque fuesen amantes de derrochar dinero, ellos a quienes una guerra desangró terriblemente y dejó poco menos que en la incuria (en Alemania había que reconstruir la nación entera, y



dentro de la nación entera se consideró a los teatros). El teatro allí se reputó siempre mucho más que una diversión, muchísimo más que un rasgo decorativo de la existencia. Fue tenido como parte esencial del país. No se permitió que, por falta de salas, por falta de capacidad adquisitiva de las gentes, por falta de medios y aún de esperanzas, el público diera la espalda, perdiera su gusto y se volviera hacia otras

aficiones que sustituyeran su vocación espectadora (al deporte, por ejemplo, o al cine, menos caros e igualmente entusiasmadores de la multitud, pero sin la penetración espiritual del drama). Se aplicaron remedios de emergencia: la subvención, la exención de impuestos, la oficialización de muchos escenarios privados. Nadie afirma hoy en el viejo continente que el teatro agoniza. Por el contrario, su salud es excelente.

Hace unos quince o veinte años, Lima vio fenecer locales y compañías. Desde esa muerte hasta la reacción de 1946, el público perdió el interés, sobre todo porque nadie abrió los ojos sobre la mutilación social que la desaparición del teatro significaba. De pronto, hoy, vemos que florece, tal vez vacilante y a veces torpe, el bien perdido. Un deber, que no puede dejarse de llamar cívico, es crear ambiente propicio a tal restauración, que puede ser segada por el desamparo económico en el que crece. Sí, pues aunque promisor, el movimiento es todavía débil. A una salita de cien espectadores la ley la trata como a esos cines colosales que últimamente se han creado, y de sus febles ingresos, el Estado y el Municipio sacan una tajada que parece abusiva, especialmente si se tiene en cuenta que el lucro no es la finalidad de los que, robándole tiempo y energías a otras tareas, se empeñan en descorrer tres o cuatro veces por semana un telón. Eso no es justo, como no es justo tampoco que los propietarios de inmuebles no destinen un rincón de sus edificios monumentales a pequeños locales de espectáculos, como los hay en Madrid, La Habana, Buenos Aires y Santiago de Chile. En este momento podrían actuar más conjuntos —pues los hay parados— si Estado y sociedad se propusieran facilitar la labor que están decididas a cumplir las nuevas generaciones de artistas dramáticos.

Estamos en un buen momento. Todo depende de cómo se encare de inmediato el problema —puesto que es un problema, ya que la lucha que los teatros experimentales libran por su subsistencia económica puede alcanzar un clímax mortal— y cómo quienes son capaces de conjurar los peligros que amenazan al renaciente teatro peruano —el Estado fundamentalmente— sepan acudir en su ayuda dándole su aliento y eliminando los obstáculos que se le oponen. El ejemplo europeo, en éste como en otros casos, es orientador.

to, hazmereir de las gentes, distracción de los palomillas, espec-

cia Baquijano. Desde esta casa se escucha en un susurro "sangre